

## AZORÍN Y EL 98

El 8 de junio de 1873 nació en Monóvar, pueblo de Alicante, José Martínez Ruiz (1873-1967) a quien hoy conocemos por el seudónimo literario: Azorín. De carácter reconcentrado y tímido, hijo de un abogado de holgada posición, nos ha legado sus recuerdos de infancia, de su pueblo natal y de Yecla, el pueblo donde realizó los primeros estudios, en varios de sus libros: *El libro de Levante*, *Las confesiones de un pequeño filósofo*, *Memorias inmemoriales*. En todos ellos rememora paisajes, escenas, episodios, costumbres, con amor y minucia.

En 1888 inicia estudios de Derecho. Se traslada primero a Valencia y luego a otras Universidades (Salamanca, Granada, Valladolid y, finalmente, Madrid). Pero, nos dicen sus biógrafos, “se ocupaba mucho más de literatura, periodismo, teatro y toros que de sus estudios universitarios”<sup>1</sup>. Los recuerdos de esta etapa y de estos viajes también fueron

<sup>1</sup> Jorge Campos, “Azorín”, en *Diccionario de literatura española*, Madrid, Revista de Occidente, 1a. ed., 1949, 3a. ed., 1964. Cito por 3a. ed.

reelaborados literariamente. En *Valencia* (1941) rememora con emoción la vida en esa ciudad y a personajes de la época (como el novelista Vicente Blasco Ibáñez, el poeta Teodoro Llorente Olivares, el santo Vicente Ferrer o el pintor Joaquín Sorolla). Evoca también costumbres de la época, como el encantador recuerdo de las formas que por entonces pedía la urbanidad en el comer; o sitios frecuentados, como el Café de España; o fiestas típicas, como las Fallas; o los sabores valencianos, como la paella, y hasta los del pan y del agua del lugar. Que se detenga en el sabor de estos elementos tan simples es todo un símbolo, como veremos, de su estética, pues aquí nos dice: “El pan es lo elemental y eterno”<sup>2</sup>.

También del viaje a Granada nos transmite impresiones personales, en el capítulo X de *El paisaje de España visto por los españoles*<sup>3</sup>. Alude en él a una experiencia sentimental al reiterar, a modo de leit motiv: “Yo era tímido como un niño./ Ella, naturalmente, fue/ para mi amor, hecho de armiño,/ Herodías y Salomé”.

En esta etapa juvenil de viajes y estudio afloran dos rasgos de su personalidad: el amor a la lectura (fue un bibliófilo) y a la naturaleza, al paisaje, a los pueblos que guardan la vieja esencia de España. Es también el tiempo en que inicia su actividad literaria, los primeros ensayos periodísticos y conferencias sobre temas literarios, sociales y políticos.

En 1896, a los 23 años, se traslada Azorín a Madrid. Allí colabora en periódicos, lucha por el renombre literario, asiste a tertulias. De esta etapa nos ha dejado también finas

<sup>2</sup> Azorín, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1962, t. VI, p. 158.

<sup>3</sup> 6a. edición, Madrid, Espasa-Calpe, 1964, p. 92. En adelante citare por esta edición.

memorias en su libro *Madrid*, de 1941. Sus juveniles ideas políticas vinculadas con un anarquismo combativo y demolidor derivan primero hacia un anarquismo escéptico y pesimista y luego hacia posturas más conservadoras. Entre 1907 y 1919 fue cinco veces diputado y en dos breves temporadas fue subsecretario de Instrucción Pública, pero su permanencia en nuestro recuerdo se asocia más a su nutrida y valiosa obra literaria, escrita a lo largo de una vida que se prolongó hasta los noventa y cuatro años.

Ya en los primeros escritos, junto a la prédica revolucionaria o reformista se va insinuando el José Martínez Ruiz que busca el cambio de España por vías culturales. Esta tendencia se acentuará progresivamente. Pertenece Azorín a una generación de intelectuales y escritores —la generación del 98— para quienes la creación literaria es a la vez misión estética —creación de belleza— y canal de expresión de inquietudes patrióticas, sociales y políticas. Esta doble vocación desmiente el falso enfrentamiento entre modernistas y noventayochistas, esquema dicotómico que —establecido por Guillermo Díaz Plaja<sup>4</sup> tal vez solo por voluntad sistematizadora y docente— atribuye a los primeros una voluntad esteticista; a los segundos, una orientación ética y que ha creado muchas distorsiones en la crítica posterior.

Recordemos que, en efecto, los hombres de esta generación se caracterizan por el espíritu crítico; por su conciencia de crisis nacional —agudizada por el “desastre del 98”—; por su amor a España, a veces “amargo”; por la reflexión

<sup>4</sup> *Modernismo frente a 98*, Madrid, Espasa Calpe, 1951, libro en otros aspectos muy útil y documentado. Sobre este tema, véase mi artículo “En torno al concepto y límites de modernismo y generación del 98”, en *Revista de Literaturas Modernas*, Mendoza, UNCuyo, FFyL, Instituto de Literaturas Modernas, N° 13, 1978, pp. 71-78.

en torno a “la decadencia nacional”; por la influencia que sobre ellos tuvo el krausismo, tendencia con fuerte sentido ético; por las lecturas “europeas y modernas”, combinadas con la de los clásicos españoles; por su elaboración del concepto de “paisaje histórico” o culturalizado y del mito de Castilla; por la reflexión sobre las características del hombre español; por la aguda sensibilidad, entre otros rasgos. El mismo Azorín contribuyó, a través de artículos, luego recopilados en libro<sup>5</sup>, a definir –autodefiniéndose– el perfil (o uno de los posibles perfiles) de los escritores de esta época<sup>6</sup>.

Pero recordemos también que ellos volcaron sus preocupaciones en moldes cuidadosamente artísticos, que fueron grandes y conscientes renovadores de la lengua y del estilo y que hicieron de la experimentación literaria (la renovación genérica, por ejemplo), una de sus permanentes preocupaciones. Los grandes temas del 98 se expresaron, frecuentemente, con las formas del modernismo y posmodernismo.

<sup>5</sup> Azorín, *La generación del 98*. Ordenación e introducción de Ángel Cruz Rueda, Madrid, Anaya, 1961. Reúne artículos publicados en periódicos entre 1913 y 1945. Hay otras recopilaciones.

<sup>6</sup> No todos los críticos aprueban esta categoría historiográfica. Ricardo Gullón, por ejemplo, afirma: “La invención de la generación del 98, realizada por Azorín, y la aplicación a la crítica literaria de este concepto, útil para estudios históricos, sociológicos y políticos, me parece el suceso más perturbador y regresivo de cuantos afligieron a nuestra crítica en el presente siglo. Perturbador, porque escindió la unidad de la literatura de lengua española, embarcada desde 1980 en ardua aventura renovadora, e indujo a creer que la creación literaria había sido impulsada, durante veinte o veinticinco años, por un acontecimiento que sin duda la afectó, pero de modo más accidental y superficial de lo aseverado por Azorín. Regresivo, porque al mezclar historia y crítica fomentó la confusión en ambos campos, trazando para la crítica una avenida jalonada de lugares comunes, ajenos a lo esencial del proceso creador”, en *La invención del 98 y otros ensayos*, Madrid, Gredos, 1969, p. 7.

## El problema de España

A Azorín, como a Unamuno y a otros hombres de su generación, le duelen los problemas de España. En su libro *Madrid* nos dice:

No podía el grupo<sup>7</sup> permanecer inerte ante la dolorosa realidad española. Había que intervenir. La idea de la palin-genesia de España estaba en el aire. La corriente de doctrinas regeneradoras no la motivó la catástrofe colonial. No hizo más que avivarla. Venía el noble anhelo desde antiguo. Jovellanos, por ejemplo, fue uno de los precursores<sup>8</sup>.

Si bien es verdad que la preocupación por los aspectos del país que se juzgan negativos es anterior a la derrota de España ante las fuerzas norteamericanas, no hay duda de que este acontecimiento agudizó la conciencia de decadencia.

Pero, paralelamente, Azorín ama entrañablemente a España y la enriquece con una creación literaria que rescata sus más profundos valores culturales. La lectura de los clásicos de la literatura española, la visita a los viejos y callados pueblos le van revelando las raíces fecundas del país y le señalan que la transformación que él quiere para su patria tiene que reconocer su propio sustrato cultural e histórico y tiene que nutrirse no en lo caduco pero sí en la fuente viva de sus tradiciones.

Esta búsqueda amorosa de lo esencial y permanente de España a través del tiempo y a través de la diversidad de sus regiones, paisajes y razas, se convertirá en una cons-

<sup>7</sup> Se refiere al que constituía con Ramiro de Maeztu y Pío Baroja.

<sup>8</sup> En *OC*, t. VI, ed. cit., p. 224.

tante temática de su obra. Hay en él un dualismo: al hombre sentimental le atrae esa España amorosamente sentida; el hombre reflexivo quiere reformarla. En él se cruzan la tendencia conservadora y tradicionalista (ama el pasado y lo viejo) con la tendencia liberal progresista (que desea más educación, más cultura, mejoramiento material y moral para el hombre español). Llega a su ideal en el cruce de esas dos tendencias: reforma dentro del pasado, progreso dentro de la tradición.

Toda la obra de Azorín parece condicionada por la preocupación nacional: qué fue España, qué es, qué debe o puede ser, cómo son sus paisajes, su historia, sus tradiciones y leyendas, su literatura, sus hombres y costumbres. Quiere descubrirla y definirla. A la actitud crítica inicial sucede un posterior sosiego. Llega a afirmar, por ejemplo, que la mentada decadencia no es tal, sino que la fecundidad española se da en otros planos. Por eso dice en su libro *Una hora de España* (1924)<sup>9</sup>, que constituyó su discurso de ingreso a la Real Academia Española:

La idea de decadencia es antigua en España. Españoles y extranjeros han hablado largamente desde hace tiempo, de la decadencia de España. Reaccionemos contra esta idea. No ha existido tal decadencia. ¿Cuándo se la quiere suponer existente? Se la supone precisamente en el tiempo mismo en que España descubre un mundo y lo puebla; en el tiempo mismo en que veinte naciones nuevas de raza española, de habla española, pueblan un continente (p. 139).

<sup>9</sup> 2a. edición, Madrid, Espasa-Calpe, 1957.

## Otros temas

El tema de España se entrelaza permanentemente con el tema del tiempo, con la meditación sobre el proceso creativo literario y artístico, con la reflexión sobre los lazos entre el mundo subjetivo y el mundo objetivo, con la consideración sobre ciertos dualismos que percibe en sí mismo, en otros escritores de su época y en la modalidad de los españoles: voluntad o vitalismo frente a inteligencia, acción frente a contemplación. Me referiré brevemente a algunos de estos aspectos, con la aclaración de que un estudio más detenido debería ampliar el *corpus* y acentuar mejor los vaivenes o cambios evolutivos de estas ideas.

## El tiempo y la eternidad

Veamos primeramente el tema del tiempo. Observa Azorín, ya desde sus obras tempranas, por ejemplo en *La voluntad* (1902)<sup>10</sup>, que todo pasa, todo envejece, todo muere. Sin embargo, todo en sustancia permanece igual, idéntico a sí mismo, sucediéndose en repetición inacabada (Yecla, Ela). En la mencionada novela engarza estas ideas con la filosofía nietzscheana de la vuelta eterna<sup>11</sup>.

Si los hombres, a través de las épocas, son distintos hombres, sin embargo son iguales sus sentimientos; las cosas también son distintas, pero despiertan iguales sensaciones. Hoy se repite lo que ayer fue. Lo pasajero, lo más fugitivo

<sup>10</sup> En *OC*, Madrid, Aguilar, 1947, t. I, pp. 801-995. En adelante citaré por esta edición.

<sup>11</sup> Cf. *ibíd.*, pp. 815, 932, entre otras.

—las ilusiones, ansias, fracasos, placeres, dolores de cada día— acaba por ser lo más constante y permanente. Distintas son las gotas de agua pero una misma es la corriente del río.

Este doble fenómeno de la temporalidad y eternidad de las cosas a través del tiempo ha sido ilustrado en su obra muchas veces, por ejemplo en “Castilla”, donde nos dice:

Castilla: el cuartito en que murió Quevedo, allá en Villanueva de los Infantes; una vieja vestida de negro nos lo enseña y suspira. Pensamos si suspira *todavía*. Todavía porque ésta es la misma viejecita que tenía piadosamente una vela encendida en tanto que a don Francisco le estaban poniendo en pies y manos los sagrados aceites<sup>12</sup>.

Así como este personaje contemporáneo al autor repite uno del pasado, así también él mismo puede anticipar a alguien aún no nacido. En el mismo artículo dice: “¿Qué hombre estará sentado en esta piedra, aspirando la paz y la luminosidad de la mañana, dentro de trescientos, de quinientos años?” (Ibíd). Y en “Las nubes” afirma: “Vivir es ver volver todo en un retorno perdurable, eterno; ver volver todo... como esas nubes que son siempre distintas y siempre las mismas, como esas nubes fugaces e inmutables”<sup>13</sup>.

<sup>12</sup> En *El paisaje de España visto por los españoles*, p. 55.

<sup>13</sup> Citas sobre la caducidad del tiempo se reiteran en diversas obras, por ejemplo en el capítulo III: “Piedad”, de *Una hora de España* (ed. cit., pp. 23-24). En el capítulo XXIII de *Madrid* (“El espejo del fondo”, *OC*, t. VI. ed. cit., pp. 263-265) reaparece la idea de la repetición de situaciones a través del devenir temporal, que puede ilustrarse en muchos otros textos. Este tema puede ampliarse en el artículo de Carlos Clavería: “Sobre el tema del tiempo en Azorín”, en *Cinco estudios de literatura española moderna*, Salamanca, CSIC, 1945, pp. 47-67, entre otra bibliografía.

## Otros dualismos

Otros dualismos conflictivos que aparecen en la obra de Azorín son, como hemos dicho, el de inteligencia y voluntad, que se corresponden con el de contemplación y acción. En su obra juvenil, por ejemplo en *La voluntad*, el personaje protagonista, Antonio Azorín, es el ejemplo de una juventud sin voluntad y nihilista<sup>14</sup>. El autor ve en la abulia, en la incapacidad para actuar, un problema individual y colectivo de la España de su época, enfermedad ya señalada por Larra en sus artículos de costumbres, por Ganivet en *Idearium*, por Galdós en *El amigo Manso* y en *La desheredada*, quien habla de “nuestra gloriosa apatía nacional”. Pero ya en esta etapa de rebeldía contra la inteligencia y la contemplación está el germen de su elogio como fuente de creatividad: la creación artística exige reposo, demanda un tiempo que permita la fruición de delicadas sensaciones. En obras posteriores se acentuará la valoración de estas actitudes, por ejemplo en *Don Juan* (1922) o en *Doña Inés* (1925). La contemplación permite asentar las acciones personales y colectivas sobre un proyecto creativo, basado en el conocimiento del ser nacional, de sus raíces y potencialidades.

En la madurez azoriniana hay una buena síntesis de los dualismos: aprecio de la inteligencia que ennoblece al hombre, de la vida contemplativa, de la vida interior, como fuente para creaciones diversas, pero también elogio de la vida activa, como proyección del yo individual y del nosotros colectivo, más allá de las propias fronteras. En *Una hora*

<sup>14</sup> El personaje, en sus cavilaciones, busca explicación a la abulia y al nihilismo y halla la respuesta en su vivencia del tiempo: todo conduce a la nada (la fuerza, la elegancia, el dinero, las voluptuosidades).

*de España*, por ejemplo, no se habla ya de “la apatía nacional” sino que se aprecia la capacidad de acción de España, puesta de manifiesto, por ejemplo, por los conquistadores y por los misioneros. La empresa de estos últimos es consecuencia de una escala de valores que convierte el amor en acción, la acción en virtud<sup>15</sup>. Veamos un fragmento del capítulo sobre “Los misioneros”:

Este crepúsculo que ahora avanza, crepúsculo de la tarde, no lo volverá a ver avanzar más desde la celda el buen religioso [...] ¿Cuántas veces a esta hora, desde su celda, ha contemplado el religioso el último esplendor de la tarde? Ya acaso no lo vea más. Diez años ha estado en el convento. Desde el punto en que profesara, él tenía el profundo deseo de que llegara este momento. Ha llegado ya. [...] Dentro de poco, por los caminos de España, un tropel de hombres irá en busca del mar. Por un inmenso mar navegarán luego hacia lo desconocido. ¿Qué dicen los nombres de Persia, de China y del Japón a los buenos religiosos? De allá han venido, de tarde en tarde, noticias terribles; pero la fe no desmaya ni se amedrenta. Allá van, desde España, hacia el martirio, hacia la muerte, estos buenos religiosos... (pp. 123-124).

Con admiración semejante se refiere a los conquistadores, hombres anónimos que con armas o sin ellas, rotos y descalzos a veces, han recorrido en el mundo transmarino

<sup>15</sup> Cf. capítulo XXX: “La gloria”: “¿Podrá nadie afirmar que el ideal de inteligencia es superior al ideal de virtud? Absurdo es incriminar a España en infecundidad científica; su camino era otro. Y candidez —o excesiva nobleza— en los defensores de España, es ir a situarse para sus defensas, en el mismo terreno que los partidarios del intelectualismo han querido plantear el problema” (p. 122).

inmensas extensiones de tierra, han vencido formidables obstáculos que el escritor describe y enumera: “Ha habido emperadores, reyes, grandes guerreros, héroes sublimes: nadie en esfuerzo, en energía, en perseverancia [...] ha llegado a donde este humilde español ha llegado”<sup>16</sup>. La capacidad de acción, que había sido negada a los españoles por los escritores de la segunda mitad del siglo XIX y por los noventayochistas en su juventud, es descubierta y resaltada en *Una hora de España*, que si bien se localiza temporalmente en el siglo XVI, es —de acuerdo con la concepción temporal de Azorín—, toda hora de España.

### Sus cauces genéricos y su estilo

Estos temas se vuelcan en distintos géneros literarios: novela, cuento, teatro, memorias... A todos los aborda con un deseo de renovarlos, de no aceptar los moldes heredados del romanticismo y del realismo. Azorín es representativo de un fenómeno de su época: hay un proceso general de renovación, de experimentación y también de confusión de géneros: lo lírico, por lo general, y en segundo lugar lo ensayístico, penetran todas las categorías genéricas<sup>17</sup>.

Me detendré someramente solo en uno de los géneros cultivados por Azorín: el ensayo teñido de lirismo, que permite fundir reflexión y emoción en un molde artístico. Si bien en todos sus ensayos busca transmitir la esencia de las co-

<sup>16</sup> Cap. XXXV: “Un claro en el bosque”, p. 136.

<sup>17</sup> La reflexión de los hombres del 98 puso también en crisis las ideas sobre la novela. La novela en Azorín consiste en un continuo experimentar con las posibilidades del género. Elige para ella una “estética del reposo”, suprimiendo o atenuando el factor “intriga”.

sas por vías intelectuales y sentimentales, en ellos podemos distinguir tres modalidades principales: 1) ensayos descriptivos y evocativos de tierras, lugares y ciudades, por ejemplo: *Los pueblos* o *Castilla*; 2) ensayos de crítica e interpretación literaria, como *Lecturas españolas*, *Clásicos y modernos* o *Al margen de los clásicos*; 3) ensayos donde lo literario, descriptivo y evocativo se funden, unificados por la emoción lírica del autor. Paradigmático de este último grupo es su libro *El paisaje de España visto por los españoles* (1917), que se propone hacer algunos comentarios sobre el paisaje de las distintas regiones del país.

Azorín ha enseñado a ver lo que es eterno en el paisaje español, destacando cómo la sensación del paisaje se integra con la sensación que de él han tenido otros escritores: paisaje y literatura se interinfluyen. El paisaje había sido ya transustanciado en obra literaria por Rosalía de Castro, Clarín, Baroja, Pérez Galdós, entre otros, y a su vez esas obras literarias han enriquecido ese paisaje en su significación. Por eso dice: “A Castilla, nuestra Castilla, la ha hecho la literatura”. De esa interrelación entre las cosas (el paisaje) y el espíritu surge la idea del “paisaje histórico”, el paisaje asociado con la cultura<sup>18</sup>. Observación y evocación se funden de modo tal que a la circunstancia real presente que se observa, se superpone la histórica y literaria que el contemplador evoca.

El ambiente condiciona y explica al escritor; el escritor recrea, enriquece e interpreta el ambiente. “La Patria –nos

<sup>18</sup> Afirma Azorín que la captación literaria del paisaje surge a partir de los románticos: Rousseau inauguró “el paisaje literario”. El sentimiento amoroso hacia la naturaleza es cosa del siglo XIX. El Romanticismo trae a la literatura la naturaleza en sí misma, no como accesorio. (Cf. el “Prólogo” a *El paisaje de España visto por los españoles*).

dice— es precisamente, por encima del territorio, de la raza, de la lengua y de las religiones ese ambiente sutilísimo que los artistas han creado”<sup>19</sup>. Azorín propone, pues, eficientemente, una vía estética de restauración de la realidad española.

Esta afirmación nos lleva a hacer algunas consideraciones finales sobre el estilo azoriniano. Hay en toda su obra un reflexionar e indagar sobre la naturaleza del arte —actitud que comparte con otros escritores de su época— y una constante preocupación de escritor. Aunque afirma: “estilo es ir derechamente a las cosas”<sup>20</sup>, en él hay una vigilante preocupación por el estilo, con una cabal conciencia del lenguaje, la sintaxis, los recursos retóricos que emplea. Si bien rechaza la “brillantez retórica”<sup>21</sup>, acepta que el efecto de una sencillez directa obedece a un propósito calculado; que la aparente carencia de estilización es una forma

<sup>19</sup> “Los Quinteros y otras páginas”, *OC*, t. IV, p. 655.

<sup>20</sup> Cf. *OC*, t. IV, p. 544.

<sup>21</sup> Vio en escritores del siglo XIX como Castelar, Núñez de Arce, Cánovas o Echegaray, grandilocuencia, ampulosidad. En *Al margen de los clásicos* afirma que en 1885, en España, domina en el estilo “la nota solemne, amplia, enfática de la oratoria”. El único autor que se salva es Bécquer. Azorín, como otros escritores de su generación, quiere crear una literatura sobria y directa (frase parca, brevedad, insinuación, sugerencia, convicción de que hay grandeza en la pequeñez). Abundan en su prosa los diminutivos (“una cajita de plata”, “la portezuela del coro”...) pero sin dulzonería ni exageración. Desea ir a la realidad de todas las cosas, para ello desentraña el sentido de las palabras (las des-lexicaliza), resucita palabras en desuso, usa términos en sus prístinas significaciones etimológicas, estudia las posibilidades expresivas de la ambigüedad, de la sinonimia, del arcaísmo. Sus canteras son los clásicos y el pueblo. Usa semitonos: “un vestíbulo semioscuro”, “el Guadarrama, semiazul, semiblanco”. (Cf. Hugo Montes, “Azorín como estilista”, en *Ensayos estilísticos*, Madrid, Gredos, 1975, pp. 19-33).

de estilo; que la sencillez sin afectación no se consigue espontáneamente<sup>22</sup>.

Es el suyo un arte fundamentalmente impresionista: la sensación se une a la emoción para sugerir una experiencia que –apenas insinuada– deja vibrando la imaginación y puede trascender a lo infinito. Nos dice por ejemplo en el capítulo sobre Castilla:

Castilla: en León, en un mediodía de primavera, hemos dejado la ciudad y hemos salido al campo, caminando por este camino bordeado de enhiestos chopos –cuyas hojas temblotean–, nos hemos detenido y nos hemos sentado en una piedra. ¡Minutos de serenidad inefable, en que la Historia se conjunta con la radiante Naturaleza! A lo lejos se destacan las torres de la catedral; una campana suena; torna el silencio. Los siglos han creado todas esas maravillas artísticas; ante nosotros, átomos de la eternidad, se abren arcanos e insondables los tiempos venideros...<sup>23</sup>.

Se trata de un paisaje humanizado captado en un momento puntual: “un mediodía de primavera”, pero enriquecido por la cultura que lo modifica y se le superpone, recogiendo el pasado y abriéndose hacia un futuro desconocido y misterioso.

La obra azoriniana es, tomada en su conjunto, una serie de impresiones momentáneas, a modo de fragmentos líricos. Nada de solemne o majestuoso, son pequeñas memorias, pequeñas confesiones, pequeñas emociones. Concibe la vida y la historia como compleja trama de pequeños acontecimien-

<sup>22</sup> Cf. *OC*, t. III, p. 543.

<sup>23</sup> *Op. cit.*, p. 55.

tos. Destaca y ennoblece insignificancias, busca con sensibilidad —ya lo observó Ortega y Gasset— el misterio escondido en las cosas vulgares. En lo histórico, rescata el detalle olvidado, insignificante en apariencia, pero revelador. Esta concepción se traduce en una estética a la que Ortega definió como “de los primores de lo vulgar”<sup>24</sup>.

Para analizar la realidad y verla desde diversas perspectivas, la fragmenta, la disgrega. Por eso sus obras parecen a veces incoherentes, pero un sutil hilo conductor, una sutil intención relaciona los fragmentos. Por ejemplo en *Una hora de España*, un prólogo y un epílogo enmarcan 40 capítulos aparentemente inconexos, pero cada uno de ellos muestra un aspecto de la vida de España en el siglo XVI y sus conflictos (p. 140). Desfilan así por el libro el Rey que acaba de recibir la noticia de la pérdida de la “Armada Invencible”, el mensajero que lleva esa noticia, personajes palaciegos, religiosos, militares, regiones de España, corsarios, conquistadores, instituciones, escritores, aposentos y ropajes, montañas y pastores, entre otros esbozos de la España de la época.

No es el mundo creado por Azorín un mundo deslumbrante y sonoro. Su obra tiene la finura de los valores del espíritu y de la sensibilidad. Azorín cree en la necesidad de la reforma social pero sabe también —y este saber se acentúa con el correr de sus años— que la primera transformación ha de realizarse en el corazón del hombre, en el afinamiento

<sup>24</sup> Cf. José Ortega y Gasset, “Azorín: primores de lo vulgar”, en *El espectador*, t. II, 1917 (incluido en *OC*, Madrid, Revista de Occidente, 1947, t. III, pp. 265-269). Otros aspectos de la estética y del estilo azoriniano pueden estudiarse en Manuel Granell, *Estética de Azorín*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1949; León Livingston, *Tema y forma de las novelas de Azorín*, Madrid, Gredos, 1970, entre otra bibliografía.

de su sensibilidad. “Una página bella es útil –nos dice– sólo por ser bella. Hace bien a la sensibilidad humana; afina la sensibilidad humana. Con esto basta y sobra”.

Gloria Videla de Rivero